

Del dolor del exilio

Joxerra Zabala

Gara, 2004-10-05: 53.

Fue en Caracas, en 1968, hablando de Andima Ibiñagabeitia y de Toribio Echevarria, cuando Martín de Ugalde certificaba con amargura el mal que en unos pocos meses había acabado con ambos, "ese dolor de corazón que da el exilio" fue el diagnóstico preciso, "erbestean ere hiltzen baita". La tragedia del destierro sintetizada en unas pocas palabras.

A Martín, sin embargo, no le ha matado ese dolor, aunque lo ha sufrido hasta el final. Su vida es la de un eterno exiliado, en Andoain, en Venezuela –la otra patria–, en Donibane Lohizune o en Hondarribia. Un hombre marcado por el desarraigo, "el destierro de familias dispersadas por las guerras", marcadas por "un dolor amarillo y difuso que va tiñendo los recuerdos de las fotografías de la víspera de una nostalgia que no cura el regreso a la tierra, cuando se produce, porque ya es tarde para los muertos y los nacidos en el destierro" ("El exilio de las Españas de 1939 en la Américas", *Anthropos*, 1991). Es cierto, el exilio no acaba nunca.

Erbestean ere hiltzen da. De eso sabe mucho nuestra gente. Lo hemos sabido dramáticamente este mismo verano. Y lo sabremos muchas veces porque es nuestra condena, como la de Martín, un inconformista empeñado en enfrentarse a su propio destino. Por eso se marchó antes de que Franco le pudiese echar o algo peor. Y volvió, dejando en Venezuela una vida acomodada, para reencontrarse con un país cultural y moralmente arruinado. Y no tuvo ningún problema en adoptar el euskara unificado, a pesar de que en su entorno la postura mayoritaria era contraria. Ni lo tuvo por acercarse a quienes no pensaban como él, tratando de entenderlos, en un esfuerzo por aunar voluntades; "Egunkaria" fue sin duda el ejemplo más hermoso de esa actitud abierta y generosa.

El exilio no acaba nunca, no basta con volver al lugar de nacimiento y así lo ha demostrado en su propia piel este intelectual imprescindible para nuestro futuro, casi hasta el final amenazado con la cárcel, o con retomar los caminos del destierro, con ficha policial abierta a sus casi 84 años. Y mucho antes, obligado a escribir entre líneas, a disimular su pensamiento frente a la censura, incomprendido muchas veces entre sus mismos compañeros de ideología, observado con desconfianza por todos porque no era del todo de aquí y, seguramente, tampoco de allí. Es ese destierro al que se ha calificado como interior, mucho más cruel y castrador que el exterior, una persecución que queda, en apariencia, minimizada porque la víctima vive en las mismas calles que los demás, puede ver la tele o ir al cine como los demás, pero siempre marcado por su disidencia. No es casualidad que sea éste el exilio menos estudiado, el menos conocido, el más difícil de cuantificar y, por ello mismo, el más sangrante.

El propio escritor nos da pistas de hasta qué punto destruye esa persecución interior: "A veces pienso que si no salgo para Venezuela se hubieran frustrado todos mis sueños de

escribir". Lo cuenta en una extensa entrevista que le realizaron Larraitz Ariznabarreta e Iñaki Beti, incluida en "Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde" (Saturrarán, Donostia, 2002). "¡La aridez del pueblo era tanta!: la rutina del trabajo, los amigos sin sueño alguno, las chicas, las tabernas, el fútbol, una administración como una losa hecha del periódico gubernamental, el cuartel de la Guardia Civil donde tenía la ficha, mis intentos de trabajar en la clandestinidad (...) la caída de algunos amigos". Exilio en toda su crudeza, sin salir de Andoain.

Estoy seguro de que el tiempo, la desaparición de Martín, nos va a engrandecer su figura, su recuerdo, su obra. Es, quizá, una de las prerrogativas que tienen los perseguidos: mientras los Torquemadas poco a poco se van diluyendo en el olvido, la obra de quienes no se doblegaron permanece. Dentro de pocos años nadie hablará de un tal Del Olmo; Martín, sin embargo, seguirá en nuestras letras porque ha sido una figura de encrucijada, una de esas personalidades que abren caminos y, por ello, permanecen. El valor de un inconformista.